Francia el Tratado de Aranjuez por el que se declaraba la guerra al Reino Unido de Gran Bretaña.

***Carlos III***, por Anton Raphael Mengs (1728-1779). Óleo sobre lienzo, Museo del Prado, Madrid. Mengs realizó este retrato hacia 1774. Representó al rey vestido con armadura y sosteniendo la bengala con la mano como símbolo de poder militar. Luce también los collares de las órdenes del Toisón de Oro, del Espíritu Santo y de San Genaro. De este retrato se realizaron numerosas copias y se reprodujo en grabados, de manera que fue la imagen más difundida de Carlos III por otras cortes europeas.

La guerra se desarrolló tanto en Europa como en América y acabó con la derrota británica y la firma del Tratado de París de 1783 por el que se reconocía la independencia de los **Estados Unidos de América**. España recuperaba la Florida y Menorca, que había permanecido en manos inglesas desde el Tratado de Utrecht (1713). No hubo manera de que los ingleses devolviesen Gibraltar, que, por otro lado, habían defendido con uñas y dientes de los ataques hispanofranceses.

Pero no todo fue guerra en la política exterior carolina. Las relaciones diplomáticas también dieron frutos y durante el reinado de Carlos III se establecieron tratados con **Marruecos** y el **Imperio otomano**, así como con las grandes potencias emergentes en la Europa del siglo XVIII: **Rusia** y **Prusia**.

## La vida privada del rey

Pero para conocer a Carlos III no basta hablar de sus reformas o de su política exterior. Debemos acercarnos a su vida cotidiana, a su aspecto, a su personalidad. Si contemplamos cualquier retrato de Carlos III, da igual que sea de Goya, de Maella o de Mengs, hay dos rasgos que destacan. El primero, relativo al aspecto físico, es su gran nariz, y podemos advertirlo hasta en las monedas; el segundo es una cualidad psicológica, una característica personal que se impone sobre la majestad: la simpatía. Vemos un retrato suyo y pensamos: «¡Qué narizotas tan simpático! Parece buena persona este Carlos».

En cuanto a su apariencia física, Carlos fue un niño muy hermoso, de cabellos rubios, ojos azules y tez blanca. Sin embargo, con el tiempo fue creciendo y unas partes de su cuerpo se desarrollaron más que otras. En concreto, fue la nariz la parte de su anatomía que más aumentó, pues su estatura no llegó a sobrepasar el metro y sesenta centímetros. Su cuerpo fue robusto, atlético en la juventud, se fue ensanchando en la madurez, al tiempo que su espalda se encorvaba ya en su senectud. Según cuenta el conde Fernán Núñez, el cuerpo de Carlos parecía hecho de marfil, mientras que su cabeza y sus manos eran de pórfido. Es decir, que la piel de todo su cuerpo había mantenido su color de nacimiento, mientras que las únicas partes que quedaban expuestas a la luz solar se habían oscurecido por efecto del sol y del aire serrano de Madrid, de manera que algún embajador

extranjero expresó después de conocer a Carlos que no tenía cara de rey, sino de campesino.

Sin embargo, también dice Fernán Núñez que en su rostro inspiraba amor y confianza. Y esta parece ser la principal característica de su personalidad. Era una persona tranquila y afable, de trato muy sencillo. Se preocupaba sinceramente por todas las personas que le rodeaban, ya fueran estos grandes de España o lacayos, y nada le molestaba más que la adulación y la falsedad.

Carlos tuvo desde niño un gran sentido de la responsabilidad y eso fue lo que lo convirtió en un gran rey. Ya como rey de Nápoles tuvo claro que su misión era mejorar las condiciones de vida de sus súbditos y, como monarca ilustrado, se apoyó en la razón para reformar todo lo que se oponía a la felicidad de su reino, pero nunca mostró pretensiones intelectuales. Lo que hizo fue rodearse de personas que pudiesen llevar a cabo las reformas necesarias, siempre de una forma moderada, sin enfrentarse abiertamente con los estamentos privilegiados, que, por otra parte, garantizaban el poder de la monarquía.

Era de carácter más bien serio, aunque con la madurez fue progresando en él la tendencia a la ironía, pero, sobre todo, Carlos era amante de la rutina. Trataba de hacer todos los días lo mismo y a la misma hora. A diario se levantaba a las seis de la mañana, desayunaba dos tazas de chocolate, al tiempo que era visitado por los médicos. Luego charlaba con sus hijos, oía misa y pasaba a trabajar en solitario hasta que llegaba el momento de atender a los ministros y embajadores. Después de comer dormía la siesta en los meses de verano, pero no en invierno. Entonces venía el momento preferido del día: el tiempo destinado a la caza.

La caza fue la gran afición de Carlos III, casi una obsesión. Lo mismo le daba que achicharrase el sol, que cortase la piel el viento gélido de la sierra. Tanto si llovía como si nevaba, Carlos no perdonaba su partida de caza. Únicamente el Viernes Santo dejaba en paz a los animales que habitaban sus fincas.

De vuelta al palacio, se reunía con sus hijos y nietos, atendía algún asunto político y, si había tiempo, jugaba a las cartas antes de la cena, que era a las nueve y media. Tras ella rezaba y se acostaba.

A pesar de que en los retratos el rey aparezca vestido con bruñidas armaduras militares o lujosas vestimentas cortesanas, Carlos prefería las ropas sencillas y solo se vestía de aquella forma cuando tenía que

***Carlos III, cazador***, por Francisco de Goya (1746-1828). Óleo sobre lienzo, Museo del Prado, Madrid. El retrato, pintado hacia 1786, nos muestra a un Carlos III anciano, rondando la setentena y ocupado en su actividad favorita. La escopeta en la mano, el puñal en la cintura y el perro dormido a sus pies nos hablan de la pasión del rey por la caza. Y no solo eso. A pesar de que Goya utilizaría cuantos filtros fuesen posibles para sacar favorecido a Su Majestad, comprobamos que el rostro real está quemado, cuarteado y arrugado, no como el de un cortesano que ha pasado su vida entre el salón del trono y los de baile, sino más bien como el de un campesino que a lo largo de los años ha sentido como la intemperie curtía su piel.

posar para los pintores o en los actos más protocolarios. Parece que, si por él hubiese sido, habría vestido siempre sus ropas de caza.

No era aficionado a la vida cortesana, lo que para un rey suponía toda una contrariedad. Le fastidiaban las fiestas y los bailes, tan frecuentes en las cortes barrocas. Por eso quizás también decían los embajadores extranjeros que Madrid era la corte más aburrida de Europa.

Hemos hablado de su infancia y de su matrimonio. Se sabe que fue un hijo obediente y respetuoso, así como un fiel y amante esposo. Ya queda dicho que su esposa, María Amalia, falleció cuando Carlos tenía cuarenta y cuatro años y que no quiso volver a casarse, a pesar de los intentos de alguna corte extranjera. María Amalia le había dado trece hijos; sin embargo, seis de ellos murieron durante la infancia. Fue siempre un padre atento, cariñoso y preocupado por sus hijos. Parece que los dos que le dieron más quebraderos de cabeza fueron precisamente los que le sucedieron en sus reinos, Fernando I de las Dos Sicilias y Carlos IV de España. Ambos se mostraron como excesivamente crédulos y fáciles de manipular, especialmente por sus esposas.

Su hijo predilecto fue Gabriel, nacido en 1752. Este infante de España fue un hombre de gran cultura y sensibilidad. Tradujo del latín obras de Salustio y destacó en el arte de la pintura. Sintió verdadera pasión por la música y además se encontraban entre sus aficiones la ciencia y la aerostática, llegando a construir globos con y sin tripulación. En 1785 Gabriel se casó con la princesa portuguesa María Ana Victoria, una joven que se atrajo también el cariño de Carlos.

El 2 de noviembre de 1788 María Ana Victoria, con diecinueve años, murió a los pocos días de dar a luz a su tercer hijo, que en pocos días la seguiría también a la tumba. Antes de que acabase el mes moría su esposo, Gabriel. Al parecer, la muerte de su nuera y de su hijo fueron golpes insuperables para Carlos III. El rey murió el 14 de diciembre de 1788 en el Palacio Real de Madrid.

Puede considerarse su último acierto morirse unos pocos meses antes de que unos cuantos revolucionarios tomasen al asalto la prisión de la Bastilla en París. Sería su hijo, Carlos IV, a quien le tocaría lidiar con las consecuencias derivadas de la Revolución francesa.

Carlos III fue enterrado en el Panteón Real de El Escorial, donde descansa bajo los restos de su medio hermano, Luis I, y sobre los de

su hijo, Carlos IV. Cabe resaltar que ni su padre, Felipe V, ni su antecesor en el trono, Fernando VI, están enterrados en esta real cripta, ya que debieron de sentir algún tipo de repugnancia al pensar en que sus restos pudiesen descansar entre los cadáveres de los Austrias y el primero ordenó que le enterrasen en La Granja de San Ildefonso, mientras que el segundo, Fernando VI, fue enterrado en la madrileña iglesia de Santa Bárbara, de modo que es el único rey de España enterrado en la capital del reino.

## LOS HOMBRES DEL REY

Para su política reformadora, Carlos III contó con varios consejeros, a los que otorgó a lo largo de su reinado diferentes cargos en el Gobierno de España. Estos son algunos de ellos:

### Marqués de Esquilache

Su nombre era Leopoldo de Gregorio y obtuvo el título de marqués de Squillace, castellanizado como Esquilache. Nació en Mesina, en el reino de Nápoles, en 1699. Fue ministro de hacienda de Carlos VII de Nápoles, quien lo llevó a España en 1759, donde promovió una serie de reformas que no fueron del agrado de los privilegiados, los cuales aprovecharon otras medidas impopulares para levantar al pueblo en su contra, que protagonizó la revuelta de 1766, que ha pasado a la historia con el nombre de motín de Esquilache. Tras esta asonada el marqués fue depuesto y enviado como embajador a Venecia, donde murió en 1785.

### Marqués de Grimaldi

Nació en 1710 en Génova y fue bautizado con los nombres de Paolo Girolamo, aunque en España fue llamado Pablo Jerónimo. Llevó a cabo actividades diplomáticas para la República de Génova y para España con Felipe V y con Fernando VI. Carlos III lo nombró secretario de Estado y mandó construir para él el llamado palacio de Grimaldi. Fue un decidido partidario de la alianza con Francia y el enfrentamiento con Inglaterra. Como extranjero y reformador, también sufrió las iras del pueblo durante el motín de Esquilache. En 1785 fue nombrado embajador en Roma. Murió en Génova en 1789.

### Sabatini

Francesco Sabatini nació en Palermo, en la isla de Sicilia, en 1721. Estudió Arquitectura en Roma y fue discípulo de Luigi Vanvitelli, con cuya hija, Cecilia, se casó. Hizo carrera militar como ingeniero. Fue llamado a Madrid por Carlos III en 1760. Se ocupó tanto de obras de ingeniería como de reformas urbanísticas y de las principales construcciones del reinado. Continuó trabajando en Madrid durante el reinado de Carlos IV hasta su muerte, en Madrid, en 1797.

### Conde de Aranda

Pedro Pablo Abarca de Bolea, conde de Aranda, nació en 1719 en Siétamo (Huesca). Estudió en Parma, Roma y Bolonia y completó sus estudios viajando por Europa, entrando en contacto con la ciencia y la filosofía de la Ilustración. Tras el motín de Esquilache fue nombrado presidente del Consejo de Castilla. Aunque derogó las concesiones hechas tras el levantamiento, se ganó la simpatía del pueblo al tiempo que promovía reformas. Fue embajador en París de 1773 a 1787. Siguió ejerciendo cargos públicos con Carlos IV y murió, ya retirado en su tierra de Aragón, en 1798.

### Conde de Campomanes

Pedro Rodríguez de Campomanes nació en Santa Eulalia de Sorriba (Asturias) en 1723. Estudió Derecho en Oviedo y Sevilla. Carlos III lo nombró ministro de Hacienda en 1760 y luego ocupó distintos cargos en el Consejo de Castilla. De espíritu ilustrado y reformador, fue el promotor de las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País. Mantuvo una tertulia en su casa a la que asistían intelectuales y artistas como Mengs, Ventura Rodríguez o Jovellanos. En 1780 recibió el título de conde de Campomanes. Ocupó plaza en el Consejo de Estado, donde permaneció hasta su muerte, acaecida en Madrid en 1802.

### Conde de Floridablanca

José Moñino y Redondo nació en Murcia en 1728. Estudió Leyes en Orihuela y se doctoró en Salamanca. Comenzó su carrera política como fiscal del Consejo de Castilla. Colaboró en la expulsión de los jesuitas y fue nombrado embajador en Roma, donde logró que el papa disolviese la Compañía de Jesús en 1773. Carlos III le recompensó con el título de conde de Floridablanca. Ocupó diversos cargos políticos con Carlos III y con su sucesor. A pesar de sus ideas reformistas e ilustradas, ante el avance de la Revolución francesa su política tomó un cariz reaccionario. Fue acusado de corrupción y encarcelado en 1792. Aunque fue liberado dos años después, no volvió a interesarse por la política. Murió en Sevilla en 1808.

### Pablo de Olavide

Nació en 1725 en Lima (Perú), donde llevó a cabo estudios de Teología y Derecho. En 1752 llegó a España. Viajó por Francia, Italia y Suiza, recogiendo en sus viajes un amplio bagaje intelectual. En Madrid fundó una tertulia en la que, al igual de lo que ocurría en París, estaba permitida la participación de mujeres. Se ocupó de los hospicios, tratando de que los pobres recogidos en ellos aprendiesen un oficio y fuesen remunerados por ello. También llevó a cabo planes para una reforma agraria y una reforma universitaria. Su labor fue interrumpida por una condena de la Inquisición. En 1781 se exilió en Francia, donde vivió la Revolución. Regresó a España en 1798 y se estableció en Baeza, donde murió en 1803.